

EMILIO URANGA

LA POLÍTICA COMO DESTINO Y COMO CIENCIA

¿No es el lenguaje de la meteorología el más apropiado para describir el efecto que provocan en la mente y la vida del sencillo hombre de la calle los grandes acontecimientos políticos? ¿Qué son las guerras y revoluciones si no terremotos, temblores —para estar al día—, borrascas, sismos, tormentas y cosas por el estilo?

“La política es el destino” le dijo Napoleón a Goethe en la memorable entrevista. Y destino quiere decir fuerza que sobreviene y nos impone con violencia su propio derrotero, contrariando, como un temporal o un ciclón, el curso de una existencia que sin esa enajenación se dejaría transcurrir apaciblemente por otros cauces. La política hace de todo idilio una tragedia. Y así como el hombre, pese a su técnica, sigue siendo todavía víctima y hasta juguete de las fuerzas naturales desatadas, así también la política se le aparece, de vez en cuando, como poderoso y arbitrario espectro meteorológico que lo arranca sin conmiseración de sus usos y costumbres para lanzarlo a un mar revuelto en que su vida asume otro sentido y configuración.

Alemania ha sido la tierra predilecta de la política como destino. Ningún pueblo nos ofrece en su historia espectáculo más dramático de “inadaptación” a la política. Pueblos más felices que el alemán han racionalizado la política, más aún, han creído poder formular leyes conforme a las cuales operar y por tanto calcular sus efectos, preverlos, por lo menos en sus grandes líneas. Pero Alemania no. La tierra de “los poetas y los pensadores”, se ha mostrado hasta el día de hoy reacia a todo tratamiento científico de la política y sus relaciones con esta “deidad humana” han sido las de una empecinada enemistad.

Nos proponemos narrar la historia de este persistente extrañamiento entre los alemanes y la política. Narrarla como lo haría un sociólogo con sus “sondeos” o un psicólogo con sus “tests”, es decir, seleccionando algunos

casos ejemplares que a lo largo de más de un siglo de historia han convertido sus airados careos con el espectro de la política en tema y asunto central de sus respectivas obras. Hablaremos de Goethe, Schopenhauer, Nietzsche, Max Weber, Thomas Mann y Karl Jaspers. En todos ellos rastreadremos ese diálogo dramático con los grandes acontecimientos políticos de su tiempo e intentaremos mostrar hasta qué “honduras” de su meditación este careo ha sido decisivo.

“La prueba más contundente de que el alemán no es político —dice Thomas Mann—, es que todas sus revoluciones y guerras han terminado en un lamentable y sangriento fracaso”. Sin duda que toda comparación es odiosa pero a veces se impone, se recomienda casi como método. Basta confrontar la historia de Alemania con la de otros países para caer en la cuenta de que la sagacidad política, la sabiduría de “politizar” con acierto a una nación, hasta sus entrañas, no ha sido precisamente una virtud alemana. De México, por ejemplo, se dice, peyorativamente, que “es el pueblo de las revoluciones”. De acuerdo. Pero a diferencia del alemán, de nuestro pueblo se puede decir que de todas las que ha provocado ha salido vencedor. Las revoluciones nos han integrado. Lo cual no quiere decir, claro está, que no nos hayan maltratado. “Tierra de volcanes y de temblores”, pero pueblo en que pese a todo la política tiene ya su cauce que en días de embriaguez nos hizo decir, legislando, que aspiramos a una “concepción racional y exacta del universo y de la vida”. Exageración, sin duda, pero, en fin, como saldo de nuestra historia no podríamos hablar de una enemistad peligrosa con la política, de un extrañamiento sospechoso.

“Las cosas irían bien en Alemania el día en que Marx leyera a Hölderlin”, dijo también Thomas Mann. ¿Podríamos afirmar que en nuestros días asistimos a esta confrontación? ¿Sería legítimo afirmar que Alemania transita sin equívoco de la política como destino a la política como ciencia? Intentemos averiguarlo. Hablemos como viajero que vuelve de la patria en que la política ha sido un espectro, no lívido, sino sangriento y aun sangrante.

*

Debo confesar que me siento “extraño” al venir a hablar a esta Facultad.¹ Como si cayera de la luna, me instalo en esta aula, que me es por otro lado tan familiar, saco mis cuartillas y empiezo. Esta fue durante años, más de

¹ Conferencia inaugural de un ciclo de cinco, sustentado en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de México, durante el mes de agosto del presente año escolar.

diez, *mi* facultad y mucho daría en este momento por parecerme más a los gatos que a los perros, fieles a la casa y no al amo. Allá, ahora, en la Ciudad Universitaria está mi presente, aquí, en Mascarones, mi pasado. Me tocaría echar el puente, torcer el hilo entre lo que fui y lo que soy, y así concebí el plan de estas conferencias en París. La idea de hablar en esta facultad surgió en conversaciones con un grupo de jóvenes becarios mexicanos de la facultad de Derecho que se *derretían* de fervor por la ciencia política, y creo que hasta nos dimos a soñar que había una escuela de ciencias políticas en nuestro futuro y con un director que se llamaría precisamente como mi buen amigo Pablo González Casanova. En aquellos *entretiens* de barrio latino, ante un fresco *démi* o un *café noir* tomó forma, más por el calor de los jóvenes que por mí mismo, la esperanza, la visión de una generación que se consagraría a la “ciencia política”, o mejor dicho, a concebir la política como ciencia.

Recuerdo que uno de estos jóvenes, Víctor Flores Olea, me vino con la peregrina aseveración de que desde mis *Cartas de Alemania*, había adivinado que mi destino era el marxismo. Me di por sorprendido, no por jugar una pequeña comedia sino porque con toda sinceridad debo declarar que allá por 1954, cuando me daba a informar a Gaos de todos mis movimientos en Alemania, no tenía en mi cabeza nada que se pareciera ni remotamente a una simpatía por el marxismo. Si durante mis primeros meses de estancia en Europa me sentí “decepcionado” de la filosofía alemana, no sabía entonces que, como compensación, me iba a “ilusionar” por Goethe, y más tarde por la República Democrática Alemana y por el pensamiento de Jorge Lukács, ni mucho menos hubiera sospechado que en París me daría a estudiar con pasión los escritos juveniles de Marx y dedicar todo un libro a ese tema. Todo esto fue fortuito, fueron descubrimientos sucesivos, revelaciones que no creo me estuvieran destinadas por una razón providente como etapas de mi viaje a Europa. Pero *a posteriori* me felicito del itinerario. Cuando estando todavía en París, saludé al Dr. Alfonso Caso, que de paso había sustentado una conferencia, me sorprendió y gustó que me dijera, cambiadas apenas las iniciales palabras de salutación: “Siga por ese camino”. La curva de mi pensamiento en Europa había tomado un rumbo que, repito, yo no había pretrazado. Había pasado, digamos así, del existencialismo al marxismo. ¿Por qué? Por lo que vi en Europa, porque abrí los ojos hacia problemas que antes no vislumbraba.

Hagamos ahora una salvedad. No soy comunista ni creo que lo seré nunca. Más que marxista soy *marxólogo*, aunque la palabra suene a algo así como marsupial y trate de meter en los dédalos de un matiz que a muchos

les parecerá o un disimulo o una evasión. He curioseado en el pensamiento marxista y me he apasionado por los temas que plantea. Un especialista en marxismo es un marxólogo, aunque no sea miembro del Partido y quizás ni deba. Me he apasionado también por la República Democrática Alemana sin que la *otra* Alemania deje de apasionarme. Solía decir un astuto filósofo peruano, Víctor Li Carrillo, que fue mi compañero en Friburgo, cuando hablábamos de la “decepción” que nos había causado Alemania: “Sólo se puede ser germanófilo fuera de Alemania”. Es cierto, no soy germanófilo, pero sí germanista, no soy marxista pero sí marxólogo. Debo añadir, para terminar con este apartado, que considero una fortuna haber superado esa animosidad que antes me enfrentaba a los marxistas. No hay para qué ahondar en las diferencias. Convivamos pacíficamente.

*

Cuando estaba en Europa tuve quizás por vez primera la revelación de la índole ambigua de la política, humana e inhumana a la vez, campo de las decisiones que más afectan la vida de un hombre y desierto o páramo en que las mejores intenciones y acciones humanas *s'enlisent*, como dirían los franceses, se hunden, caen en una trampa que las deseca y las desfigura, las degrada. Tomen ustedes a un filósofo como Sartre y véanlo debatirse con su sabiduría filosófica en los más áridos, en los más pantanosos sumideros de la polémica política. La política es una trampa en que ya agarrados difícilmente salvaguardamos lo mejor de nosotros mismos. Se requiere una vocación especial para meterse en la política y sobrenadar con nuestras mejores cualidades, casi siempre es el campo de una corrupción, de una perversión y si en alguna parte está justificado hablar de esa dialéctica que Hegel llamaba del “alma bella”, en su contacto con la realidad, es quizás en el mundo de la política. Por ello muchos la eluden, la eluden como se elude el amor que nimbándonos con las promesas de una relación humana mejor, termina muy frecuentemente en las catástrofes más vulgares de promiscuidad y de mala educación. Esta dialéctica arrancó a Schiller aquella brutal sentencia en que con rabia frente a Goethe, “alma bella” ante la vida, le deseaba que como a una monja pacata y presumida, el mundo la arrastrara, la embarazara y la humillara a ojos de todos.

Europa fue para mí la práctica de la oración matutina del hombre moderno, que dijo Hegel, o sea, la lectura cotidiana de los periódicos. Por ahí empieza todo interés y compromiso con la política. Cuando diariamente se ejecuta la operación de enterarse de cómo va el mundo, termina uno

impacientándose de ser sólo espectador y se toma partido, localizando las preferencias, pasándose insensiblemente de la observación a la práctica. Este interés alimentado cotidianamente llega a integrarse a tal punto con lo que somos que se experimenta un enorme vacío perder contacto con la política. Cualquier conversión empieza a distancia y termina en la más peligrosa proximidad. Los convertidos han oído, primero, meramente “hablar”, su curiosidad ha movilizad su pasión y ha empezado a crearles relaciones; la lectura pasa a ser frecuentación del consejero espiritual y de ahí a poco se pide el ingreso en la Iglesia, se fija la fecha del bautizo o de entrega del carnet. No hay abstención que resista la prueba de leer durante años, día con día, la prensa política. Los apolíticos suelen ser ignorantes, desganados, malos lectores de las *Gacetas*.

En Alemania Occidental sentí al vivo que nadaba en un mundo de anarquía ideológica casi inconcebible, de pululante libertad. La “otra” Alemania me procuró por el contrario el espectáculo de un pueblo unificado ideológicamente. No digamos que una es mejor que la otra. Simplemente son distintas. Nostalgia de una ortodoxia, dirán los analistas, abandono vergonzoso al principio de una economía del pensamiento, dirán otros sonriendo. Sea como fuere tuve pues dos campos de visión. Uno de unificación, otro de indómita variedad. Con la misma fruición me di a bucear en los fondos del mar goethiano y entré al agua, o a la charca, como a veces me dije, de la Alemania Democrática.

Cuando viniendo de Alemania di en París para instalarme, coincidió mi llegada con la aparición del libro de Merleau-Ponty, *Las Aventuras de la Dialéctica*. Metido durante años en la fortaleza germana se me había olvidado el tono de mis queridos maestros existencialistas. Léí el libro, como en los buenos tiempos, de una sentada, pero la impresión que me dejó fue desoladora. Venía, repito, de un país en que la construcción “socialista”, o la “otra”, el “milagro alemán”, se hacía a marchas forzadas y en que tal asunto era por decirlo así atmosférico, se vivía dentro de él, no era objeto de contemplación y caía en las planicies de la libre discusión en que lo que más llamaba la atención no era tanto esa libertad cuanto la frivolidad con que se la utilizaba para *étaler*, para montar la polémica política. Me dije a mí mismo y lo dije a amigos míos: si alguna convicción tengo sobre la legitimidad del socialismo no la he deducido de una filosofía, no ha sido conclusión que hubiera salido de una premisa mayor, el existencialismo, y de una premisa segunda o menor, la simpatía de Sartre por el Partido Comunista, sino de haber vivido de cerca un mundo en transformación, el haber asistido a la plasmación contrariada y batallona de una

nueva mentalidad en Alemania. ¿Cómo es posible avanzar un trecho siquiera en el camino que lleva a una actitud política justa si se empieza por enajenar las energías de toda clase en polémicas cuyo móvil es la más estéril vanidad o el interés más mezquino? Para colmo de males cayó en mis manos por aquellos días un libro de Madame de Beauvoir, *Privilèges*, que realmente merece ser citado como modelo privilegiado de estupidez en esta dirección. El grupo existencialista se había puesto, así me pareció, en una tesitura de gusto frívolo, se había depauperado hasta el punto de no contribuir a este grave tema de la discusión política sino con la superficie más deleznable de sus vanidades y convencionalismos. No quise saber nada de este socialismo de fatuos.

No he conseguido hasta el día de hoy reconciliarme con los manifiestos de la vieja capilla existencialista. Admiro a ratos su inteligencia ágil, la capacidad de estructurarlo todo en un plano y de patinar muy a gusto sobre su superficie. Pero me canso pronto de esta gimnasia de las ideas sin alma, o sea, sin argumento serio. Aquí no aprenderemos nada de la política, ni como destino, ni como ciencia. No me siento apresado o comprometido por estas telas de araña de la reflexión ingeniosa.

*

Ortega y Gasset hizo de Alemania un mito. Nos hizo creer que las *Ideas* venían de Alemania, como nuestras buenas madres nos enseñaron que los niños *venían* de París, y creo con el mismo sentido protector y candoroso. Alemania era para mi generación la suma del prestigio, la tierra prometida del rigor y de la seriedad, la instancia absoluta y última. Mi estancia en Alemania me convenció, por el contrario, de que las ocurrencias filosóficas estaban precisamente en ese pueblo inflexiblemente fechadas y que jugaban su vigencia, su sentido y su validez, dentro de límites cronológicamente irrebables. Husserl, Heidegger y Jaspers formaban, a mi parecer, mundos ya cerrados, sin ningún sentido del remordimiento dejados atrás por los mismos alemanes, más aún, como prueba de su prodigiosa vitalidad. Los extranjeros recogían los deshechos y hacían vivir con aire artificial, por ser *otro* aire, esos despojos. Aferrarse a estos sistemas de ideas sería manifestar una extraña desconfianza en lo venidero, creer que lo instaurado, sólo por serlo, es imperecedero y bueno. Los alemanes saben lo que es el trabajo de lo negativo, saben lo que es volver las espaldas a lo que años atrás les fue útil o inútil, pero que se convertiría en espectro que amargaría las

noches que se deben a un futuro, si se lo petrificara en creencia inamovible. Una creencia que se sobrevive es una caricatura.

En cierta ocasión visitaba a Max Müller, decano entonces del departamento de Filosofía de la Universidad de Friburgo, en su seminario de trabajo. Husserl y Heidegger eran ahí figuras animadas desde adentro y no desde la lejanía de nuestros países y de nuestras no menos lejanas transcripciones. Müller, que no peca de discreto, se dio a contarme mil y mil detalles sobre mis ídolos, y de pronto, sin poderlo contener, cayó en un verdadero furor de risa. Aquello me desconcertó sobremanera; no porque esa risa fuera lúgubre o amarga. No. Era una risa sana, jovial, risa de campesino. Y me vi yo también arrastrado al torrente. Aquello era obviamente cómico, cómico de pies a cabeza, que estuviera en Alemania para encontrar cómica esa filosofía, cómica esa misma filosofía y cómico que terminara una aventura de fervor en medio de estos espasmos de jovialidad. La historia se repite dos veces, y la segunda a lo cómico —la primera fue a lo trágico—, para que podamos desprendernos del pasado sin remordimiento y sin dolor. Éste, creo, fue el instante en que, riendo, dije adiós a la filosofía alemana.

El fin de la segunda guerra marcó en Alemania un cambio radical de destino, un *Schicksalswende*, y por tanto la necesidad de cortar de modo radical con el pasado. Cualquier compromiso de piedad hubiera significado inyectar de parálisis al pueblo recién nacido. Y el aburrimiento, la indiferencia frente a lo que ayer apenas entusiasmaba y animaba, era el temple de ánimo final en que se resolvía como en acorde, una larga serie de efusiones esotéricas, finas y sublimes. ¡Esto aburre ya, tal fue mi juicio; esto me aburre, tal fue mi experiencia! (Más tarde encontré que nada menos que Carlos Marx concluye su crítica de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, diciendo que lo que saca al pensamiento de sus propias marañas lógicas para exteriorizarlo en la naturaleza, en la materia, no es, un sentimiento sublime, sino simple y llanamente el aburrimiento. Cuando el espíritu se aburre busca la compañía de la naturaleza, de la historia, de la política. Los existencialistas se quedaron con el tedio y en tedio, y en vez de exteriorizarse, de materializarse o de politizarse, les dio por “privatizarse”).

Por otro lado esa tradición etimologista de la filosofía alemana, también representada por Heidegger, ha conducido a muy malos pasos, ha hecho dar muchos traspies al pueblo alemán. ¡Y qué diablos, el Evangelio tiene razón: hay que juzgar al árbol por sus frutos y no siempre por sus raíces, como quieren nuestros etimologistas! Ortega y Gasset decía.

que el filósofo, a lo Heidegger, es la sensualidad de acariciar raíces, pero hay que ir al fruto, a las consecuencias y no perder la vida en esa "existencia" de minero ontológico, ciego sobre la base de no vivir ya nunca al aire libre, sino en lo oscuro. Las raíces no nos dejan ver el árbol, nos impiden ver que no hay árbol. Esta proposición se aplica literalmente a la filosofía alemana de los últimos años.

La política ha liquidado al existencialismo, en todos los sentidos del término existencialismo y de la política. He aludido a ello unas páginas antes al hablar de Sartre, y de Merleau-Ponty. Desde la "politiquería" hasta la "ciencia política", desde el existencialismo ateo hasta el más cristiano, todo ha sido sacudido por el vendaval político que azota la tierra en nuestros días y avanza hacia otras síntesis. Y ello no ha sido un azar sino una necesidad. Nada me llamó tanto la atención en Alemania y en toda Europa como el olvido en que han caído, pese a las reediciones populares o de lujo, Kafka, Rilke, Kierkegaard; la indiferencia con que sus fanáticos de ayer veían como accesibles publicaciones que antes los hubieran enloquecido o intranquilizado; nada me interesó tanto como analizar la pudicia, que frisaba con la cobardía de no ver claro en un negocio que se había vuelto súbitamente turbio, con que finísimos y aristocráticos existencialistas de ayer, apartaban la vista, la atención, la palabra de todo lo que aludiera, aunque fuera de lejos, a sus manías de la víspera, a la nobleza de su "pasado inmediato". Estoy muy lejos de creer que ante este "drama" se deba proceder a la ligera, pero creo que a los que fuimos sus víctimas, por haber sido sus adeptos incondicionales, sólo nos queda como vía de redención hacer una confesión general y dibujar el itinerario que ha llevado desde las engañosas raíces al presentimiento de un fruto que puede sin vergüenza ver la luz.

Recuerdo haber leído, las primeras semanas de mi vida en Friburgo, en un diario alemán, una curiosa y profunda explicación sobre el afán, o la ocurrencia, estadísticamente cada vez más numerosa, de los viajes al extranjero por parte de los alemanes. Esta gente viaja mucho, muchísimo, y la cosa es ya tan masiva que pide su razón. Pues bien, se han abonado muchas: desde la más pedestre y obvia de que disponen de dinero y no disponen de muchas maneras de emplearlo, hasta la más refinada, que consiste en decir que el alemán es una criatura que padece de *Sehnsucht*, de nostalgia o de un irresistible deseo de evadirse hacia no sé qué romántica distancia y sentido. Goethe andaba ya muy cerca de dar una buena razón cuando le dio por declarar, a propósito de su viaje a Italia, que en toda huída hay un germen de locura, de vértigo, de extravío, de afán

de perderse. Pero en fin, no es la última, ni en cuanto al tiempo, pues conozco otra posterior, ni en cuanto al sentido, pues la que aduzco a continuación es más radical. Dicho brutalmente: los alemanes viajan por *absurdo*, porque el absurdo se les ha convertido en impulso de viaje. Viajan, y estoy convencido de que viajarán, de que emigrarán cada día más, porque el sentido de su vida no es obvio, ya no va de sí, se huye de una forma de existencia que ya no es evidente.

¿Quién no ha sentido, en alguno de sus viajes a Europa, el vértigo súbito de un sinsentido? La vida que antes se hacía en ese continente —como en todo el mundo—, pudo pasar en otros siglos como “normal”, pero hoy es extraña y “provisional”. Esta vida se ha vuelto problemática y para más está siempre rodeada por catástrofes inminentes. Todo pende de las pláticas y contrapláticas de los diplomáticos y gobernantes. Esto llega a convertirse en una obsesión. Estamos malacostumbrados a pensar en Europa como la tierra plácida de la cultura y del arte. Pero no es así. Cuesta más evadirse hacia el dominio de la pura cultura, más quizá que en América. Tengo la impresión de que allá los miedos se imponen más fácilmente, las aprehensiones, y que más fácilmente sumergen al hombre en sus preocupaciones. Pero no se puede hacer una vida marginal, decir “no quiero saber nada de política”, porque al menor descuido estamos ya de nuevo en brazos de la obsesión, discutiendo los problemas que enloquecen. *Es una lata* esto de la política. Una fantasmal presencia de cara doble. Por un lado se siente que así debe ser, que nada hay más humano —demasiado humano—, que la política, por otro que nada hay tan seco e inhumano. La suerte del hombre depende de su capacidad, de su inventiva para superar la enajenación radical que le impone ser un animal esencialmente político. Los existencialistas, ante este problema, oscilan entre la elegancia de ponerse por encima y la importancia de ahogarse en sus charcos, de no poder sobrenadar, Heidegger y Sartre son hermanos en incapacidad.

*

En general, la filosofía de los últimos decenios me parece que ha arrasado lamentablemente la túnica, que ha descendido de su dignidad cardenalicia y que por hoy se conforma con que le dejen la canonjía de un curato. El filósofo se ha visto en la penosa obligación de confundir la modestia con la infecundidad. En años anteriores lanzó a la faz del mundo su alarido de grandeza, su trompetazo de reforma humana en grandes dimensiones. Pero todo fue mucho ruido y pocas nueces, pues al cabo

de algunos decenios todos aquellos pensamientos brillantes, peligrosos y prometedores que hicieron las delicias de muchas adolescencias, se han manifestado como ineptos y hasta tontos. Ahora creo que están archivados con la etiqueta de “cosas muy aburridas”, que no vale la pena volver a pasar por nuestra atención y revisión. Por lo menos a mí me da pereza tomar una vez más entre las manos a un clásico de ayer, como Heidegger. La filosofía, nos dicen sus abogados, ha sido, para su bien, retraída a su “radical modestia”. Pero esto es un decir, es querer dar un airecillo de salvación a la causa perdida, un semblante de dignidad. No creo que se trate de modestia sino simple y llanamente de fracaso.

Claro es que surgirá otra filosofía, una filosofía que haya enseñoreado la enajenación política del hombre contemporáneo, pero por hoy las experiencias en que se nutre (y valdría la pena hacer un repertorio de las que se han invocado), todavía no me parece que estén exhaustivamente definidas, y ni siquiera acotadas y localizadas. No puedo pues hacerme a la idea de que pronto “tendremos filosofía”, sino que se vivirá un interregno bastante confuso antes de que la buena nueva advenga a la vida. En Alemania se han bautizado todos estos intentos de superar la situación actual con el pomposo título de “superación del nihilismo” (*Überwindung des Nihilismus*). Cuando desembarqué en la “tierra prometida” —hace tres años—, el clima espiritual estaba dominado por la euforia con que todas las gentes confesaban haber “superado el nihilismo”.

Desde el primer momento me interesé por conocer al pormenor tan prodigiosa técnica y llegué a dos conclusiones. La primera es que la gran mayoría de los alemanes habían “superado” el nihilismo dándose a glorificar las virtudes pequeño burguesas más “chatas” y mezquinas, que habían liquidado al “héroe nihilista”, a nombre de beatificar las manías tradicionales del filisteo, personaje de honor en Alemania.

La minoría, por el contrario, le había vuelto las espaldas al nihilismo por puro aburrimiento. Cansa mucho jugar prolongadamente al demonismo o al angelismo sutiles; estamos aburridos hasta la médula de barajar sombras, de ensombrecerse con el barajeo interminable de *sentimientos etimológicos*. La política es el destino de los hombres aburridos del pensamiento, cansados de sólo pensar. Y este es el primer paso del “dominio” de la política, no de la politiquería, pues sería la más radical de las servidumbres empezar declarándose enemigo del pensamiento.